

*CARMEN LYRA: ESCENARIOS POLÍTICOS, CULTURALES Y
SUBJETIVOS EN LA ERA ANTIFASCISTA**

*CARMEN LYRA: POLITICAL, CULTURAL AND PERSONAL ASPECTS
DURING THE ANTIFASCISM ERA*

Dennis F. Arias Mora**

RESUMEN

El antifascismo en Costa Rica pasó de ser un movimiento contestatario marcado por el vanguardismo intelectual, a un movimiento cívico y nacionalista neutralizado por las alianzas políticas de los años cuarenta. Tal cambio fue posibilitado en parte por la cultura política de la izquierda; para esto se analiza el caso de Carmen Lyra y la era antifascista, pues la dimensión subjetiva, cultural y de género de su militancia comunista reforzaba el orden del mito liberal de la nación. El análisis integra elementos teóricos del feminismo y de los estudios de género y subjetividad, para obtener un retrato del papel y la vivencia de Lyra en el antifascismo, y apreciar las formas en que lo subjetivo se traspone en lo político.

PALABRAS CLAVE: COSTA RICA * MUJERES * CARMEN LYRA * INTELLECTUALES *
POLÍTICA * COMUNISMO * ANTIFASCISMO * HISTORIA

ABSTRACT

The Costa Rican antifascism was a conflict movement of intellectual vanguards that became a civic and nationalist movement under the control of the political alliances of the 40's. Such change was partially possible because of the left political culture. Therefore in the article is analyzed the case of Carmen Lyra and the antifascism, whose personal, cultural and gender's dimensions of their communist militancy strengthened the order of the nation's liberal myth. These aspects are analyzed with theoretical elements of feminism and the studies from gender-subjectivities, to bring a perspective of the role of Lyra in the antifascism, and the way that the subjective and political matters mixed.

KEYWORDS: COSTA RICA * WOMEN * CARMEN LYRA * INTELLECTUALS * POLICY *
COMMUNISM * ANTIFASCISM * HISTORY

* Agradezco las observaciones de Isabel Gamboa, Sindy Mora y de los miembros del "Programa de Culturas, Instituciones y Subjetividades" del Instituto de Investigaciones Sociales, a las primeras versiones de este artículo. Por supuesto, errores o falencias son de mi responsabilidad.

** Centro de Investigaciones Históricas de América Central, CIHAC de la Universidad de Costa Rica.
dennarm@yahoo.de

El último libro publicado en el país sobre el Partido Comunista de Costa Rica (PCCR), fue encabezado con un epígrafe en el que Carmen Lyra decía: “Yo no tuve hijos, pero amo MI PARTIDO, como se tiene que querer a un hijo. Lo admiro, como debe admirar una madre inteligente al hijo fuerte que lleva a cabo una gran hazaña” (Contreras, 2006). Qué había detrás de esas palabras, o por qué no merecieron comentario alguno, son dos cuestiones de las cuales se espera insinuar una respuesta.

Los estudios sobre Lyra (María Isabel Carvajal) generalmente no se detienen en esos detalles; su evolución ha diferido del análisis de otros intelectuales, como el caso de Joaquín García Monge (Pakkasvirta, 1993, 1997; Solís-González, 1998). Si de este se ha relativizado su pedestal revolucionario, a aquella se le ha tenido que reconocer primeramente que tenía el propio. La historiografía costarricense reciente ha reivindicado a Lyra como la intelectual y militante comunista, afectando la cuidada imagen de maestra y escritora de literatura infantil de la cultura oficial (Molina: 2000a). A esta perspectiva se ha sumado la de ubicarla, junto con sus compañeras de magisterio militantes, en el proceso de visibilización de la mujer en la historia costarricense, siguiendo la línea historiográfica de género y de las mujeres (Herrera: 2005); tal enfoque, empero, supuso una apropiación política de difícil ajuste a los contornos de una militancia femenina comunista imbuida de los componentes de género, religión y orden socio-político que sustentaban el canon liberal de la nación. El caso de Lyra en el antifascismo resulta pertinente para apreciar tales cuestiones.

Este artículo pretende una aproximación a los flujos culturales que atravesaron su participación en el antifascismo del período 1936-1943, en tanto puedan ser explicativos de las limitaciones de la crítica antifascista y de su posicionamiento en el escenario político nacional; a su vez, ello permite apreciar ciertas aristas subjetivas de la vivencia intelectual y política. Para esto, se apela a referentes teóricos como el estudio de la subjetividad que, (in)conscientemente, opera en el “mantenimiento de las condiciones desiguales entre los géneros” (Burin-Dio Bleichmar, 1999: 13-14), actuando el patriarcado desde los dispositivos de feminidad, y el estudio feminista

de la Ilustración, por su crítica a las divisiones sexuales de lo público/privado (Molina Petit, 1994). Para el análisis, se acude a los periódicos *La Tribuna*, *Trabajo* y a la revista *Repertorio Americano*, entre 1933-1943; y se realiza una entrevista a Florencia Quesada Avendaño, historiadora y sobrina-nieta de María Isabel Carvajal.

1. EL ANTIFASCISMO EN COSTA RICA: PANORAMA EN DOS TIEMPOS

El fenómeno antifascista en Costa Rica tuvo un origen en buena parte intelectual, cuya evolución se ajustó a la política de alianzas entre liberales y comunistas —con el aval de la Iglesia Católica— en los años cuarenta. El desarrollo europeo fue distinto, pues si la intelectualidad también cumplió allí un papel fundamental (Hobsbawm, 1998: 155), existieron las experiencias políticas previas de frentes populares haciendo gobierno en Francia y España (Tuñón de Lara, 1998).

Tal imbricación del escenario internacional en la dinámica político-intelectual local se denota al apreciar que en la respuesta al “nazifascismo” se anteponía la trayectoria política y editorial de la intelectualidad de izquierda, por ende las formas y contenidos de la protesta antifascista hallaron otros orígenes más que la coyuntura inmediata del despliegue totalitario (Arias: 2006, c.3); y si bien el inicio de los frentes populares fue de difícil desarrollo en el país¹, el sustrato de las alianzas de la época estaba mediado por los intereses y agendas de los participantes: los comunistas por ejemplo, se ocupaban en mejorar su caudal electoral y mantener la legalidad en una ácida atmósfera anticomunista (Molina-Lehouq, 1999, c.9; Arias, 2006: 166-174).

El antifascismo y los frentes populares en Costa Rica pasaron por dos momentos distintos. En su inicio, para la segunda mitad de los años treinta, estaban influenciados por

1 Consideréense la iniciativa del Partido Socialista de Vicente Sáenz en 1935, y la anuencia tardía del PCCR. Véase la obra de Merino (1996, 42-48) y la de Contreras y Cerdas (1988, c.1-2.).

la extensión internacional de la Guerra Civil Española de 1936-1939 (Ríos, 1997), y el vanguardismo intelectual asumido tuvo fuertes choques con las autoridades civiles y eclesiásticas: persecución, represión y despidos fueron una constante para aquellos que, desde clubes y ligas antifascistas, hicieron pronunciamiento público contra el avance totalitario a través de artículos, reuniones, mítines y campañas de solidaridad. Posteriormente, para la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), las agrupaciones del antifascismo pasaron a tener un carácter cívico no vanguardista, siendo neutralizadas por la alianza entre el gobierno calderonista, la Iglesia y los comunistas, por la formalización de los lazos panamericanos, por la declaratoria de guerra a los países del eje y la persecución consiguiente de sus ciudadanos en el país. Para entonces, la lucha por la democracia no supuso, como antes, la fuerte crítica a los visos autoritarios de la política liberal, y se llegó al extremo de anular movimientos huelguísticos —otrora promovidos por el PCCR—, de incitar a la militarización y a la persecución indiscriminada, bajo discursos reciamente nacionalistas, contra la comunidad alemana. En definitiva, los perseguidos se aliaron con sus perseguidores, fortaleciendo el liderazgo caudillista, los mitos de unión patriótica de tintes cívico-religiosos, la presencia determinante del olvido en la política nacional, y una visión maniquea de la coyuntura internacional que le restaba cuestionamientos a “las democracias” del continente (Arias, 2006: c.3-4).

Sin embargo, tal periodización en dos fases se torna menos tajante cuando se evidencian los flujos de la cultura política que constituían los valores de la izquierda. El proceso de incursión de los comunistas a las reglas liberales de la política (Acuña: 1996) y sus concepciones cívico-democráticas, religiosas y de género, conformaron un cuerpo político-cultural que ayuda a explicar porqué el vanguardismo intelectual antifascista no pasó más allá de los años treinta, y terminó convirtiendo el mito nacional en continental sin alterar a profundidad el marco de valores con que se revestía a la nación costarricense. Desde esos afluentes se realiza acá el acercamiento a la figura de Lyra y su participación antifascista; su caso permite dimensionar

las vertientes culturales y subjetivas que hicieron del antifascismo cualquier cosa menos una amenaza al orden liberal de la democracia y su guión de los sexos.

2. CARMEN LYRA: TENSIONES EN TORNO A SU PRESENCIA PÚBLICA

Para comienzos del siglo XX, un proceso combinado de modernización, de efervescencia social y de competencia político-electoral, incidió en una paulatina (aunque no profunda) redefinición del sistema de género que, acompañada de una apertura en la discusión periodística, influyó en la incorporación de las mujeres en la política a partir del debate sobre la igualdad, la creación del feminismo y la lucha por el sufragio (Rodríguez, 1999: 89-91). Dentro de tal proceso, la carrera literaria y magisterial de Lyra se tradujo en un protagonismo notable dentro del ámbito público; sin embargo, al lado del reconocimiento se hallaba el costo personal que, como mujer intelectual y política, podía conllevar no solo ingresar sino destacar en la esfera pública y cuestionar el orden liberal. Esto hace necesario repasar parte de la temprana trayectoria de la educadora, el prestigio que como tal tenía, las reacciones masculinas frente a la incursión femenina en lo público, y las limitaciones de género que aquel disputado ingreso tenía: contornos que la militancia comunista e incluso el feminismo contemporáneo estuvieron lejos de poder traspasar.

Para el liberalismo latinoamericano de fines del siglo XIX, el ingreso de las mujeres a la esfera pública iba aparejado con su proyecto modernizador y civilizador, mas los referentes ideológicos para pensar aquel acceso no variaban los esquemas de género. Es decir, lo público se abría, pero como una extensión de lo privado, que no abandonaba la división sexual de labores y valores (Molina Petit, 1999: 102). Así, las aspiraciones liberales de alfabetización, secularización y regulación de las costumbres se modulaban en la idea de que las mujeres podían ser sus agentes por su poder sobre los hijos, considerándolas maestras “naturales” de los niños; domesticar la vida pública fijaba un rol civilizador a la maternidad y los “valores femeninos”, pensados

como virtudes cívicas que en la práctica adquirieron forma en las labores educativas, filantrópicas y de salud pública (Palmer-Rojas, 2000: 59-64) y, en el caso costarricense en particular, a través de la feminización de la docencia ocurrida por las diferenciadas expectativas salariales de hombres y mujeres (Molina, 2000b).

Diferentes autores coinciden en que el acceso a la educación pública, a la carrera docente normalista y a la atención institucionalizada de lo social tuvieron como consecuencia imprevista la politización de las mujeres participantes; así, hallan relaciones entre el estudiantado y profesorado del Colegio Superior de Señoritas, la filantropía y la salud pública, y el derrocamiento de la dictadura de los Tinoco en 1919, con el surgimiento del feminismo bajo influencia europea y estadounidense².

En todo este proceso, a excepción de la organización feminista cuya liga se formó en 1923, tomó parte Carmen Lyra. Su carrera entre las décadas de 1910 y 1920 como escritora de literatura infantil, educadora de la Escuela Normal (1921) y de la Escuela Maternal (1925), como activista de constantes preocupaciones sociales³ y cercana a la política social del Estado liberal, da fe de su cercanía a la cultura oficial (Molina, 2000a: 19-32) y de su consolidado ingreso al ámbito público y a la feminización de lo social al comenzar el siglo XX. Esto le valió ser una reconocida figura pública cuyo prestigio contribuyó a la consolidación inicial del PCCR luego de su fundación en 1931 (Molina, 2000a: 37).

Empero, su renombre no se supeditaba a la filiación comunista, sino que parecía más relacionado con su trayectoria de maestra e intelectual presente en el debate de los principales medios de prensa del país, esto debido a que eran sitios sociales quizá de menor infracción

del canon de género. Se entiende entonces por qué al mencionarse su temprano desempeño en la militancia y sus problemas con las autoridades, pudiera hacerse desde la valoración de su “sacrificio”, adjudicación no infrecuente en la militancia femenina comunista. En 1933, por ejemplo, luego de ser separada de su puesto de Directora de la Escuela Maternal, por su crítica al gobierno de expulsar al comunista asturiano Adolfo Braña y al venezolano Juan José Palacios, recibió reconocimientos de parte de destacados intelectuales, asociaciones estudiantiles, padres de familia y directores de escuelas, ya fuera para admirar su carácter, compromiso y sacrificio, o para solicitar a las autoridades su restitución⁴.

Aunque legitimado aquel espacio magisterial, la feminización de la enseñanza provocaba reticencias en no pocos hombres. La misoginia intelectual a inicios del siglo XX, como apunta Molina, encontraba razones en la apertura creciente del mercado profesional, principalmente en la educación (2002: 54). De esto no se eximían los intelectuales de izquierda; algunos autores señalan que entre los “progresistas” de 1900 podían combinarse posiciones que reivindicaban los derechos de las mujeres, con una misoginia que achacaba a la mujer su carácter “débil”, su condición mental “inferior” (Palmer-Rojas, 2000: 85) y el peligro que la sumisión, el afeminamiento y la desvirilización suponían para la patria (Molina, 2000b: 124-125).

Inclusive, pareciera existir un fuerte vínculo entre la postura del compromiso intelectual y su crítica al “arte por el arte”⁵ —común en los intelectuales del antifascismo—, con el malestar por la feminización de la sociedad. Mario Sancho por ejemplo, muy cercano a Lyra y a los comunistas, y precursor del vanguardismo de la primera etapa antifascista, atribuía la falta de “virilidad” de los hombres de su época a la influyente presencia

2 Sobre esto, son varios textos los que se puede consultar, como es el caso de Rodríguez (1999: 89-91); Palmer y Rojas (2000: 59-64; 86-92); Molina (2000b: 123), y Mora Carvajal (2003: 245-246).

3 Antes de ingresar al PCCR en 1931, Lyra pasa del anarquismo de los años de 1910, al aprismo anti-imperialista en los veinte.

4 Véase el periódico *La Tribuna* de 1933 en las fechas 4 de junio, pp. 9, 12; 10 de junio, p.3; 24 de junio, p.3; y de 1934 el 17 de enero, p.5.

5 Sobre el “arte por el arte” como postulado estético de fines del siglo XIX, y la ruptura establecida por el escritor Óscar Wilde (1854-1900), véase el libro de Quesada Monge, Rodrigo (2004, c.1).

“feminizante” de las maestras. Entrevistado por *La Tribuna* en febrero de 1934, relacionaba la “debilidad” y las actitudes “femeninas” de los hombres ante la vida, con la falta de compromiso de los intelectuales con su época:

Y ello se lo debemos a nuestra escuela. La influencia de las MAESTRITAS sentimentales ha ido feminizando y afeminando a los muchachos hasta el grado de hacerles perder su “dureza” de hombrecitos en ciernes. Es lamentable⁶.

En las fuentes consultadas no fue posible encontrar reacción alguna a estas palabras. La relación establecida por aquel escritor cartaginés entre la falta de compromiso intelectual y la feminización o falta de hombría, común también en reconocidos escritores de izquierda como Vicente Sáenz (Arias: 2006, 458), al menos no era advertida por Carmen Lyra cuando en 1935 reconocía a Sancho, entre otros, como uno de los pocos intelectuales comprometidos en el país⁷. Expresar el “malestar de la cultura” como producto del afeminamiento de la sociedad era un razonamiento transversal al discurso ilustrado, particularmente en J. J. Rousseau (1712-1778) quien pensaba que la mujer debía criar pero no educar a la niñez, de lo contrario le trasponía la sumisión, el servilismo y la debilidad (Molina Petit, 1999: 82-85).

Era de esperar que el recurso del liberalismo, de dar sentido práctico a lo femenino-privado dentro de la esfera pública con fines cívicos y civilizatorios, encontrara resistencias; tal revaloración tenía sus límites, y si en los más “progresistas” aquello era factor para explicar la crisis de la época, en otros era motivo para lanzar groseros ataques a la presencia pública de las mujeres, ante lo cual Lyra ni salió intacta ni guardó silencio. Al considerar este

tipo de agresiones, debe tenerse presente que, como señala Molina Petit,

Nuestra cultura ha convertido el propio concepto de «mujer pública» en un concepto límite, en un insulto o en una maldición, [el] mismo concepto de ciudadana es una aberración; en tal sentido, o a la mujer se le exalta “en las alturas”, o es vituperada por lo más bajo, de allí que el discurso misógino recurra a mecanismos para devolver a “su lugar” a las mujeres, pues en lo concreto de eso trata el patriarcado, del poder de asignar sitios y de hablar “en nombre de” (1999: 264-266).

Tales reacciones se evidencian aún más cuando de por medio yace la amenaza contra la autoridad masculina en los terrenos de la razón⁸, en el momento en que las mujeres protagonizan lo intelectual-político.

De esta forma, a Lyra se le nombraba en tanto maestra y mujer de sacrificios, incluso subrayando su carácter personal, concesiones que de cierto modo rayaban en el tradicional femenino o, a lo mucho, en cualidades dadas a lo masculino. Pero a la hora de escenificar los mundos del intelecto y de la política, la agresión no se hacía esperar, incluso al extremo de instigarse su condición de hija ilegítima (“natural”)⁹. Curiosamente, Lyra no se amilanaba tanto frente a la agresión misógina, como sí ante el hecho de que otros (particularmente hombres) asumieran su defensa. En cierta ocasión, a fines de 1939, Carlos Luis Fallas, escritor y comunista, había retado a duelo a Antonio Zelaya para defenderla. Jaime Cerdas lo recuerda así:

Otra vez fue con Calufa. Entonces los padrinos éramos Carlos María Jiménez, su hijo Eugenio, alguien más y yo. El

6 *La Tribuna*. 17 de febrero de 1934, p.2. Mayúsculas en el original.

7 Mencionaba también a Juan del Camino, Vicente Sáenz, Abelardo Bonilla y Antonio Zelaya. Véase Lyra, Carmen. “¿Qué camino tomarán los escritores latinoamericanos ante la situación actual del mundo?”. *Liberación* 1, set., 1935. Pp.25-28.

8 Léase a Burin (2002: 67). Mecanismos de descalificación para hacer “volver a su lugar” a las mujeres en tanto trasgresoras por ser sujetas de saber, encuentra en el medio académico costarricense contemporáneo Paniagua Arguedas, Laura (2006).

9 Entrevista a Florencia Quesada Avendaño. CIHAC, UCR, San José, octubre, 2006.

duelo era con el abogado Antonio (“El Cholo”) Zelaya, por unos insultos que había lanzado contra Carmen Lyra¹⁰.

El duelo Calufa-Zelaya finalmente no llegó a término, y la actitud de Lyra al respecto no es fácil saberla; sin embargo, del hecho de que la defendieran pareciera nunca se sintió cómoda. Casos de estos, es posible no fueran aislados, pues ya desde 1934 había mostrado su disconformidad y angustia; en medio de fuertes ataques en la prensa contra el comunismo internacional, y consultada por su silencio, dijo:

La verdad es que desde aquellas groserías que me disparó Grillo, lo pienso y repienso antes de decidirme a expresar públicamente mis opiniones. No es que dichas groserías me hubieran abrumado, no. Es que me quedé con el temor de que cada vez que alguien me atacara, mis hermanos y mis amigos se crean en el deber de defenderme. Eso me dejó amolada y agradecida. Le voy a hablar sobre lo que pienso acerca de estos ataques al comunismo, pero eso sí, usted me va a prometer que dirá al mismo tiempo que yo pido que nadie se crea en la obligación de salir a defenderme. El que no quiere ver bultos que no salga a la calle¹¹.

Días después, entrevistada de nuevo por *La Tribuna* que pedía su opinión por los ataques del expresidente Julio Acosta (1920-1924) contra el partido, respondía:

Por lo que toca a Julio Acosta, la apreciación que de él tengo como hombre y como político se la diré a viva voz y ustedes le dan forma. Eso sí que se me responsabilice a mí y que se me ataque sin consideraciones a que soy mujer. Si

digo durezas de ciertas personas es porque estoy dispuesta a oír las de ellas para mí. Que el juego sea parejo y que no se me conceda ninguna ventaja. Díganlo ustedes así¹².

Por lo visto, frente a los ataques personales o dentro de las discusiones en la prensa, Lyra podía mantenerse en escena debatiendo y rechazando concesiones en tanto mujer; no obstante, escogía el silencio y desaparecía del escenario al momento en que otros, generalmente hombres, se atribuían el derecho a defenderla. Tal posicionamiento planteaba una ruptura a la norma, tanto por rechazar que se antepusiera su género al libre fluir de las ideas o a la capacidad de asumir su propia defensa, como por alterar un medio político-intelectual donde el honor femenino se convertía en una disputa masculina, escenificada en duelos que involucraban la violencia física y ponían en juego la distinción viril-fálica (Bourdieu, 2000: 66-71).

Los límites que franqueaban aquella infracción a los códigos de género parecieran hallarse en la proyección posible de la vinculación de la escritora a la cuestión social desde prácticas institucionales feminizadas al iniciar el siglo, hacia la actividad militante dentro de una agrupación —la comunista— cuyos bordes de alteración estaban bien demarcados. En general, los movimientos de izquierda redujeron la participación de las mujeres a papeles tradicionales “femeninos”, siendo infructuosos los intentos por denunciar el sexismo militante (Molina Petit, 1999: 202); y el marxismo en particular, tenía fuertes limitaciones teóricas para pensar la cuestión sexo-género (Rubin, 1994: 5), de lo cual no se eximía el caso costarricense.

Dentro del PCCR fue siempre relegado cualquier intento de configurar una política en que asomara algún rasgo de identidad que superase el de clase, se pensaba que con la revolución y la construcción del socialismo quedarían superadas todas las desigualdades (Herrera, 2005: 136-137); por tal razón, la consecución de la igualdad de derechos estuvo supeditada a las reivindicaciones sociales de clase (Rodríguez,

10 Léase a Cerdas, Jaime (1993, 79). Las noticias del duelo en *La Tribuna*, 17 y 19 de noviembre de 1939, páginas 4 y 5.

11 *La Tribuna*, 1° de febrero de 1934, p.7. El 31 de mayo de 1933, p.4, criticaba la función del Presidente Municipal M. Grillo.

12 *La Tribuna*, 17 de febrero de 1934, p.7.

1999: 112-114). El ingreso de Lyra al PCCR, debido en parte a su aislamiento del feminismo y a la estrechez del mundo político y cultural en que se desenvolvía (Molina, 2000a: 31), pareciera no haber afectado el proceso de feminización de lo social. Ciertamente, la militancia comunista fue para ella una extensión de su lugar maternal dentro de la política social del Estado liberal, influyendo así en el programa mínimo del PCCR, en cuanto a la participación estatal en asuntos de higienización, educación y cuidado infantil (Molina, 2000a: 37).

Por su parte, las tareas de militancia de Lyra y sus compañeras enraizaban en aquel lugar tradicional. Rosalía Herrera ha mencionado que durante los primeros años del partido, las mujeres comunistas tuvieron “poder de decisión”, pero agregaba que al abocarse la línea partidaria a ciertos problemas coyunturales, asuntos inherentes a la mujer se fueron “desdibujando” (2005: 138). Sin embargo, si se da un vistazo a las actividades reservadas para las mujeres del partido, o al discurso político que desde (y sobre) ellas se emitía, reunidas en la misma investigación (2005: 135-144), puede apreciarse que cada una de esas líneas de acción o argumentación a lo largo de los años treinta nunca estuvo en función de las mujeres, sino de los hombres, los hijos, los niños, o de abstracciones como la revolución, la sociedad, la lucha. La visión del papel femenino en la construcción del socialismo y en el “enriquecimiento” de la maternidad mediante la lucha social, la crítica a quienes impugnaban el aborto, o la negativa de apoyar el sufragio para la mujer, se hicieron en nombre de tales sujetos o abstracciones, imposibilitando cualquier vía que pudiera crear en torno a la mujer una identidad política que no fuera para otros. Siempre fue una identidad a entregarse.

El distanciamiento del sufragismo feminista tenía varios motivos en Lyra. El feminismo costarricense, desde la creación de su Liga en 1923, centró su accionar en la lucha por el sufragio, mas su discurso se movía entre lo igualitario (el acceso a lo público desde el derecho al voto) y la defensa de la diferencia sexual (conservando los valores feminizados del ámbito privado-doméstico), buscando, con el ingreso de la mujer en los asuntos públicos, garantizar la paz social (Rodríguez: 1999, 100-105). Lyra

tenía diferencias de clase e ideología con ese feminismo; consideraba el sufragio más una concesión del liberalismo, que un sincero interés por mejorar la condición femenina, sobre todo de las trabajadoras (Mora, 2003: 289). Además, los términos de su crítica, similares a los de la rusa Emma Goldman (1869-1940) (Quesada, 2001: 222), parecían mediados por resabios anarquistas en su renuencia a la cuestión electoral, tendencia en la que había militado en la década de 1910.

Si bien su militancia comunista y su distancia de aquel feminismo no alteraban el orden socio-maternal, pareciera que el activismo desde el PCCR devino en su opción de mantenerse en lo público, fortaleciendo su individualidad desde el reconocimiento en tal ámbito y desde su afirmación frente a la colectividad sociedad-Estado (Molina Petit: 1999, 56). Por ello no es de extrañar que su distanciamiento del feminismo no impidiera en modo alguno que llegara a ser quizá la mujer de mayor presencia pública en el país, que debatía en la prensa no comunista sobre temas de actualidad nacional e internacional con los hombres de mayor estatura política de la época. Al menos en un periódico como *La Tribuna* no se localiza ninguna otra con tal desempeño, mientras que las feministas se limitaban allí al tema de “la mujer”.

Aquel acceso a lo público desde lo político se acompañaba del ejercicio del conocimiento; para ese mundo social en que el saber femenino podía efectuarse desde tareas magisteriales que suponían la prolongación de mandatos naturalizados de cuidado y crianza, la militancia política contestataria podía constituirse en una vía de validación intelectual, aunque tampoco exenta de aquellas prolongaciones y de ciertas renunciaciones al interés personal¹³. En este caso,

13 Por ejemplo, en 1935 Carmen Lyra había sido invitada al VII Congreso Internacional Comunista de Moscú y que serviría al PCCR para trazar la política de los frentes únicos antifascistas; ella aparentemente declinó la invitación para que el obrero Rodolfo Guzmán pudiera asistir. Véase la cronología de Alfonso Chase, hecha en la obra de Lyra, Carmen (1999: 509-516). En noviembre de 1941 Lyra iría, por su propia cuenta, al Congreso de la Confederación de Trabajadores de América Latina, celebrado en México. Véase *La Tribuna*, 9 de noviembre de 1941, p.17.

Lyra pareciera ser una mujer cercana al tipo “transicional” definido por Burin, en que se padecen las tensiones por intentar compatibilizar las vinculaciones afectiva y racional en el ámbito público (Burin-Dio Bleichmar, 1999: 81), produciendo de esto un tipo de saber que circulaba entre el saber oficial (el del debate político en la prensa) y la experiencia personal íntima (la de sus frustraciones y angustias), recurso epistémico que, diferenciado del modo de producción “de mujeres” al que parecieran acercarse las feministas liberales (Burin, 2002: 159-160), anclaba en algunos rincones de su subjetividad.

3. MARÍA ISABEL CARVAJAL: CASA ABIERTA, ILEGITIMIDAD Y RELIGIÓN

En aquella presencia pública no solamente estaba en juego el marco social dentro del cual se movía la escritora, pues da la impresión que en el escenario político tenían una manifestación latente algunas dimensiones subjetivas de María Isabel, sobre todo cuando asomaba la dinámica doméstica, la cuestión de la ilegitimidad y el peso religioso. Debe tenerse presente que, como sugiere Emilce Dio Bleichmar, lo que involucra el género “pertenece al dominio de la subjetividad y del orden simbólico”, posibilitando esto su estudio desde la ontogénesis en la infancia “a partir de los esquemas de interacción y de intersubjetividad” (Burin-Dio Bleichmar, 1999: 136). Ahora bien, no es mucho lo que puede decirse al respecto sin asumir ciertos riesgos, siendo la falta de fuentes solo uno de ellos; con todo, se intentará acercar tal dimensión para enlazarla con la cuestión antifascista.

Del PCCR y sus interiores personales se sabe poco. Tal universo subjetivo no ha sido interrogado sino hasta estudios recientes (Dobles-Leandro: 2005; Solís: 2006), algunos de los cuales sugieren leer en vínculos como el trazado entre Lyra y la educadora también militante, Luisa González, una amistad que traspasaba la camaradería política. Su experiencia docente desde los años veinte, sus preocupaciones sociales, el lugar militante asumido, y la defensa

mutua que se mostraron en varios momentos¹⁴ invitan a pensar en un lazo que compensaba un medio partidario-intelectual misógino.

Ahora bien, desde el momento en que ellas se conocieron, cerca de 1921 en la Escuela Normal, la casa de Lyra funcionaba como un lugar de encuentro; de hecho, desde la docencia pudo agrupar a varias educadoras jóvenes (Molina, 2000a: 29). Ese uso del espacio privado era recurrente desde la década de 1910 (Quesada A., 2001: 261-262), y sería determinante en la configuración del movimiento antifascista en los treinta; el espectro posible de relaciones allí perfiladas incita a intentar respuestas a la cuestión del significado de tal espacio para Lyra. Así por ejemplo, conviene pensar si esa casa abierta era una extensión de su experiencia infantil, habiendo sido su hogar punto de encuentro de familiares, con la significativa presencia de su madre, Elena Carvajal, sus tías y sus hermanos¹⁵. Mas no debe pensarse en un escenario idílico del referente familiar; considerar los vínculos de amistad como compensación al orden de género no omite que, en la balanza de poder, Lyra podía encontrar en su amistad con González (o en el mundo femenino donde se movía) alguien que la admirara¹⁶. Hacer de lo doméstico una socialización político-intelectual, además de afectar la dualidad tradicional de lo público/privado, le brindaba a Lyra un espacio de validación y protagonismo distinto al del partido; allí, su máximo ascenso sería convertirse en Secretaria de Actas de los hombres del Comité Central en 1943 (Lyra, 1999: 516), en su casa, en cambio, podían escenificarse la lucha antifascista y encontrarse las mujeres educadoras, esfera para ella de prestigio.

14 En la cronología de la obra de Lyra (1999: 507), pueden verse las diferentes actividades que realizaron Lyra y González en su militancia comunista de los primeros años (1931: mitines; 1932: denuncias por condiciones higiénicas de los barrios pobres; 1933: formación de un Sindicato Único de Mujeres Trabajadoras).

15 Entrevista a Florencia Quesada Avendaño. CIHAC, octubre, 2006.

16 Véase por ejemplo el momento en que visita por primera vez Lyra la casa de Luisa González (González: 1970, 93-94).

Es de considerar la probable incidencia de la ilegitimidad, del rechazo primario paterno, en las opciones políticas y morales que Lyra tomó en su vida. Considerando que su presunto padre era el Licenciado Andrés Venegas, abogado que había ocupado importantes puestos públicos en la época¹⁷, no es exagerado preguntarse si su impecabilidad a la hora de asumir el debate con el hombre burgués, político y figura pública, era a su tiempo una disputa personal con la imagen del padre que abandona. En tal sentido, será imprescindible la localización de evidencias que permitan inferir si detrás del escarnio que hacía Lyra de los “apetitos sexuales” de “viejos verdes” que merodeaban “jovencitas”¹⁸, había una manifestación del posible conflicto paterno. Aquella condición de ilegitimidad pareciera traslucirse asimismo en su trayectoria literaria ubicada dentro del cuento infantil, o en su itinerario político, entendiendo el reclamo de participación al Estado en la cuestión social como metáfora de una demanda de atención al padre ausente en cuestiones que habían quedado depositadas en la mujer-madre, o también en su acercamiento a un grupo de jóvenes ilegitimados en el orden liberal por su edad y su afición comunista. En este caso, la intensidad de su maternaje de la militancia, de su domesticación de lo intelectual-político, y del cuidado tenido hacia la familia de lo social, permite intuir la presencia de una libido fuertemente depositada sobre la vivencia de la mujer pública; saber si era extensiva aquella opción libidinal a la esfera privada, ocupará también de los testimonios pertinentes.

En todo caso, la cuestión de la ilegitimidad y de la posible influencia de la figura paterna en su visión de lo social y en su carrera intelectual, no deja de constituir un trasfondo de suma complejidad, si se considera que aquella ausencia podía ser más bien una omnipresencia, por cuanto existe la posibilidad de que ese padre

anónimo fuera proveedor de su familia¹⁹; en tal sentido, su padre pudo haber servido como probable apoyo inicial para las condiciones materiales que posibilitaron su prominente trayectoria —en esto no hay que olvidar que hombres como Joaquín García Monge intercedieron para que ella pudiera realizar sus estudios fuera del país (Molina, 2000a: 21)—, de tal modo que no habría que descartar que su aspiración a lo intelectual y a la presencia pública estuviese marcada también por un *superyó* femenino que elige como modelo al padre (Burin-Meler, 2000: 227).

Es un tanto difícil saber si las tensiones en torno a la tácita presencia del padre, o el coste social de la ilegitimidad, incidieron en la temprana opción de María Isabel de cambiar su nombre, de usar pantalones, o de ser monja, para lo cual no fue aceptada (Lyra, 1999: 505; Solís, 2006: 109); asimismo surge la interrogante acerca de si una mujer de su intelecto buscaba ejercer el saber desde la lógica del convento²⁰, sin exponerse a lo que efectivamente le ocurrió: ser vituperada en términos personales en lo público, por los propietarios de la razón política. Si no es posible aún lograr una respuesta sobre el probable carácter redentor de la frustrada opción conventual, sí es factible al menos palpar la religiosidad en Lyra, perceptible en su vinculación partidaria, en el carácter también redentor de su generación intelectual, y en su apropiación del mandato materno. Este tenía en la sociedad costarricense un fuerte arraigo católico, filtrado por el extendido culto a la Virgen de los Ángeles y a las atribuciones que se le otorgaban oficial y popularmente (Gil, 1985), aspecto donde pareció enraizar bien la “compasión revolucionaria” (Arendt, 1992: 24).

El comunismo costarricense y en general la intelectualidad de izquierda no estaban exentos de esos conductos revolucionarios y religiosos que se cruzaban para asignar a las mujeres ese lugar de protección. Así lo ha hecho ver

17 Andrés Venegas fue Magistrado, además ocupó la Secretaría del Congreso en 1888. Entrevista a Florencia Quesada Avendaño. CIHAC, UCR. Octubre, 2006.

18 *La Tribuna*, 1° de febrero de 1934, p.7.

19 Entrevista a Florencia Quesada Avendaño, CIHAC, UCR, octubre 2006.

20 Sobre Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695) y la opción conventual como elección intelectual en el México colonial, véase (Quesada: 2001, c.3).

Ruth Cubillo al estudiar temas como la Virgen María y la madre protectora en el *Repertorio Americano*, donde asuntos de orfandad, abandono, pobreza y guerra (2001: c.1.), fueron pensados para que las mujeres los atendieran. En el caso del comunismo, sus principales líderes tenían un referente esencial en el catolicismo de sus madres (Solís, 2006: 109), sesgo presente en la visión moralista sobre las mujeres, en el mesianismo asignado a la labor magisterial, o en la descripción del ingreso al PCCR como un acto de conversión, de parte de Luisa González (1976). Esto ayuda a comprender porqué, en los adentros de la organización comunista, los pilares de la patria y del hogar no fueron transgredidos desde sus cimientos. Lyra, quien acusaba en términos bíblicos a las “señoritas” de la clase alta²¹, tampoco estaba en disposición de infringir tal canon.

La presencia de Lyra, el modo en que lo privado-doméstico en su forma maternal se llevaba a lo público, pero también llevando lo público-político a lo privado, posiblemente mezclando en esto los sutiles rincones de su historia personal, se cruzan en las formas que tuvo su accionar en el antifascismo.

4. CARMEN LYRA Y EL ANTIFASCISMO

En la conformación del antifascismo costarricense, Carmen Lyra tuvo un importante papel a la hora de definir la posición de la intelectualidad frente al fenómeno “nazi-fascista”; de tratar el tema de la Guerra Civil Española; de enlazar a un heterogéneo y a veces conflictivo espectro intelectual de izquierda; y de asumir las tareas que dentro del movimiento se requerían. Y en estos asuntos, no dejaron de aflorar las tensiones derivadas de su condición de género y de su biografía.

Muy temprano, desde 1935, Lyra había traducido para el *Repertorio Americano* información y

discursos del Congreso Mundial de Estudiantes contra la Guerra y el Fascismo, realizado en Bruselas, Bélgica, en 1934; y del I Congreso de Escritores Americanos realizado en abril de 1935, del cual se había creado la Liga de Escritores Americanos²². Meses después, en la revista *Liberación* de Vicente Sáenz, aludió a esos y otros congresos que trazaban una línea revolucionaria para escritores y artistas, enfrentados con su compromiso al avance fascista y la crisis internacional²³. Esto demuestra lo actualizada que estaba la escritora respecto al acontecer mundial y su universo intelectual, para lo cual tenía la ventaja de poder hacer traducciones del francés y del inglés, poniendo así a la vista de la intelectualidad costarricense la ruta que tomaba el compromiso artístico-literario que dio forma al antifascismo internacional; a la vez, revelaba su adscripción a la ruptura con el “arte por el arte” y consolidaba el importante lugar ocupado en los ámbitos cultural y político del país.

Para la coyuntura de la guerra en España, escribió sobre personajes (gente corriente incluso) que defendían a la República frente al franquismo (González *et ál.*, 2004: 115-120); en esto había una preocupación central en Lyra que tuvo suma importancia para el antifascismo: el triunfo franquista suponía la instalación del fascismo en España y su salto al continente americano. Publicó también sobre el “nazifascismo” y la causa antifascista en ediciones de *Liberación*, *Repertorio Americano* y *Trabajo*, reflejando esto los distintos modos en que a su alrededor se entrelazaba una izquierda heterogénea abandonada de proyectos ideológicos distintos, y verificando así lo señalado por Molina al pensarla como puente generacional y político entre intelectuales, grupos de mujeres y docentes; de hecho, su casa fue centro de las campañas de solidaridad con la República española, y dio

21 “Y las señoritas de la clase alta que se emborrachan en el Hotel Costa Rica y en el Club Unión y que bailan en los salones aristocráticos en actitudes propicias a la lujuria?”. *La Tribuna*, 1° de febrero de 1934, p.7.

22 *Repertorio Americano* 17, 4 de mayo de 1935: 267-268; y 24, 29 de junio de 1935: 370, 373.

23 Véase Lyra, Carmen. “¿Qué camino tomarán los escritores latinoamericanos ante la situación actual del mundo?”. *Liberación* 1, setiembre de 1935: 25-28.

espacio a testimonios personales del acontecer europeo bajo la amenaza nazi (2000a, 39-40).

La casa de la escritora no dejó de ser aquel lugar abierto y frecuentado. El que allí coincidiera un espectro social e ideológicamente diferenciado, insinúa su comparación con la función simbólica cumplida por el *Repertorio* de García Monge, cuyo sincretismo recreaba la imagen mítica de pertenencia nacional (Solís-González, 1998: c.2). En ese sentido, el antifascismo como defensa de la democracia frente al totalitarismo, supone una coyuntura idónea para comprender aquellas metáforas que asocian a la nación con el hogar y, por consiguiente, a las figuras de García Monge-Lyra como referentes paterno-materno para consolidar el orden doméstico democrático. Flora Ovares y otras autoras, han estudiado la forma en que la literatura nacional, desde la generación del Olimpo al comenzar el siglo XX, se empeñó en crear un discurso nacional que identificaba a la nación como la casa, embutiéndole a tal asociación una serie de atribuciones donde el deseo de armonía social dentro de la patria-hogar, se enlazaba a los valores patriarcales, conformando lo que llamaron la “casa paterna” (Ovares *et ál.*, 1993: 6). Posiblemente Lyra, al ser formada (y haber formado) en las instituciones educativas creadas por aquella generación liberal positivista, no pudiese trascender ese marco ideológico cuyas connotaciones operaron en la forma como conjugó su vida personal y las líneas de acción de su militancia. No debe olvidarse que para las mujeres del magisterio, la docencia a inicios de siglo significó una oportunidad de ascenso social (Molina, 2000b), y ello pudo generar identificación y extensión (paternalista) de lealtades con la institucionalidad estatal²⁴.

De esta discusión pueden sugerirse dos escenarios posibles no excluyentes. Por una parte, la casa de Lyra como lugar abierto, que

afectaba poco el orden de género en la dinámica interna del partido o en el movimiento antifascista, en tanto hacía de aquel espacio una “casa materna” y asumía el papel de una Señora Dalloway (Woolf, 2004) del mundillo revolucionario de la época, cuya existencia se agotaba en ocuparse (del encuentro) de los otros. Por otra parte, un segundo escenario donde su casa se constituyó en espacio fraternal donde se jugaron afectos que traspasaron la camaradería de partido y el simple hecho de que en un país pequeño y poco poblado, los personalismos y la frontera entre lo público y lo privado fluctuaban; en ese caso, conviene valorar los vínculos y la posibilidad de palabra y de lo político entre las mujeres allí reunidas, cuestiones que en la jerarquía partidaria comunista o en la política nacional eran inconcebibles.

El uso dado a aquel sitio en el antifascismo, se conjugó con el tipo de militancia que, dentro del comunismo, estaba resguardado al ámbito femenino. En los días de solidaridad con la República española, el PCCR tuvo un papel central en las jornadas para enviar ropa, dinero y comida a los afectados por el levantamiento militar (Ríos, 1997: 104-112; Arias, 2006: 358-360). Para entonces, las casas de Lyra y Luisa González fueron utilizadas por el partido —en la campaña “Amigos de la España leal” para recibir hilos, jabones y botones que poder enviar a los soldados republicanos²⁵. Revisando el periódico *Trabajo* entre 1937-1943, no se localiza ningún aviso donde aparezca la casa de algún militante hombre como centro de acopio para tales iniciativas, lo cual sugiere que la comprometida militancia de la era antifascista no fracturó los valores asignados a la división sexual de los espacios.

Ante las críticas generadas por las protestas en el Teatro Raventós al recital del “fascista” González Marín a fines de 1937, Lyra defendió a las “mujeres antifascistas” que se manifestaron. Reprochó el escándalo provocado por el hecho de que fuesen mujeres, y adujo que no respondían al modelo “3 k” que Hitler les asignaba a ellas: Küche, Kirche, Kinder (Cocina, Iglesia,

24 Luisa González rememoraba así la importancia personal asignada a la Escuela Normal: “¿Oh banderita azul [de la Escuela Normal] que has llegado conmigo hasta el final de mis días, que me acompañas en la vejez! Te guardo entre los recuerdos más queridos de mi vida porque fuiste bandera de esperanza y de ilusiones invencibles en mi juventud.” (1970: 63).

25 *Trabajo*, 22 de octubre de 1938, p.1.

Niños); si bien atinaba sobre el tema de la mujer en el Tercer Reich (Vich, 2002), denotaba la continuidad del mandato materno y religioso al referirse al antifascismo de Luisa González:

... se ha dado cuenta que el odio fascista ya ha echado raíces en el suelo costarricense (...) se pone en el lugar de las madres que han tenido que exportar a sus hijos a otros países para librarlos del terror fascista; porque ella piensa que todas las madres del mundo deberían levantar ante el fascismo una muralla de corazones y de fuerzas de mujeres²⁶.

En ese lugar de solidaridad y entrega, pero feminizado y poco adjudicado a los militantes varones, pareciera cobrar forma la fantasía de Eric Fromm respecto a hacer del amor a la humanidad una trascendencia del amor materno entre las mujeres (1977: 63-67), cuestión que se filtra en la práctica subjetiva del patriarcado por cuanto la labor de maternaje deviene en mimetización de la mujer con las necesidades-hambres de los hijos (Burin, 2002: 112-113), en este caso criaturas universales que atender. El antifascismo de Lyra revela ese cruce del mandato cristiano y la compasión revolucionaria teñida de ascetismo puritano (Mazlish: 1976). Jaime Cerdas recordaba:

Una señora muy consciente, pero analfabeta, que se llamaba Rosa García, oyó a Carmen Lyra decir líricamente que había que quitarse todos los días un pedacito de pan de la boca para dárselo a los niños españoles. Cuando se hizo una recolecta se presentó ella con un saco lleno de rueditas de pan que había ido cortando cada día. Mucha gente se rió de su ignorancia, pero nosotros nos sentimos muy conmovidos por el gesto de esa mujer (...). (Cerdas, 1993: 73).

Bajo estas corrientes corría el curso del antifascismo en los años treinta, precisamente su época en apariencia más contestataria. Tales

estructuras de lo cultural-subjetivo podían facilitar la digestión del antifascismo por parte del liberalismo patriarcal, de modo que al entrar los años cuarenta fue aquel movimiento asimilado dentro del escenario político de las alianzas, del panamericanismo y de la política anti-totalitaria oficial en el contexto de la Segunda Guerra. Dicho sea de paso, feministas como Ángela Acuña llegaron a ser representantes oficiales del país en las conferencias internacionales tendientes a la solidaridad continental²⁷, lo que mueve a contemplar, primero, que los orígenes del feminismo liberal costarricense se hallaban en el panamericanismo de los años veinte (Mora, 2003: 264-277), y segundo, qué tipo de feminidades podían tolerarse para la representación legítima de Costa Rica en el despliegue cívico-patriótico de la lucha contra el totalitarismo.

En definitiva, los preceptos de género en torno a la militancia comunista y el antifascismo, reforzaron ciertas vertientes del canon liberal de la nación, que bien pudo hacer pasar su imaginario de la democracia como la opción autorizada para abanderarse contra el totalitarismo, sin que esto conllevara un riesgo sustancial a los diferentes órdenes de la patria. En ese sentido, la dimensión subjetiva de una intelectual como Lyra permite palpar los reflujos políticos y culturales que hicieron posible que el antifascismo no supusiere mayor afectación a la normatividad nacional.

REFLEXIONES FINALES

Tomar como caso la coyuntura del antifascismo para analizar el protagonismo militante de Lyra y sus compañeras, es asomarse a un momento en que se advierten las repercusiones posibles de lo subjetivo y cultural en el terreno de la política. Son sus distintas derivaciones las que ayudan a comprender —siempre parcialmente— cómo el vanguardismo intelectual antifascista resultó redimido por el culto cívico al cambiar la década, jugándose en ello la

26 *Trabajo*, 13 de noviembre de 1937: 5-6.

27 *La Tribuna*, 27 de agosto de 1939: 5; y 9 de enero de 1942: 1, 5.

permanencia y la legitimidad en un escenario político maniqueo cuyos giros daban un claro espacio a la violencia.

Las bases culturales con que se cimentó la militancia de las mujeres comunistas dentro del partido, son fundamentales para comprender su participación desde los valores feminizados de compasión, cuidado y atención en el antifascismo. En ese sentido, la dimensión maternal asumida se ajustaba muy bien a la experiencia docente y a una religiosidad aún vertebral entre una generación que, al menos en el plano económico-político, parecía querer romper con sus antecesores. Por esta razón, puede señalarse que si bien el PCCR se movía en el ámbito público, legitimándose electoralmente, agregando a la vida política nacional formas confrontativas, acercando su agenda a la visión liberal de reforma social, y obteniendo incluso la venia católica para esto, contribuyó al mismo tiempo —durante las campañas antifascistas y las alianzas políticas—, a una defensa de la democracia que en el fondo fortalecía el guión político, cultural y, si se quiere, sexual, del mito nacional. Así, la metáfora de la patria como un hogar y de la democracia como su orden interno, recobra interés a la luz del desempeño comunista o de mujeres como Lyra para promover el diálogo y la estabilidad entre los “familiares”: de allí la posibilidad de que su casa fuese una casa materna. Con ello se borraban los conflictos al interior y exterior de la patria, cobrando el mito una dimensión continental, (con)fundiéndose perseguidos y perseguidores y desplazando todo señalamiento a las variantes autoritarias de la política nacional o a la tensión imperialista de la región.

Pero la constitución de aquel espacio es compleja, puesto que allí se entrecruza lo doméstico-feminizado llevado a las disputas del mundo político, con la escenificación de este en un sitio donde las mujeres avizoraban lo político, algo difícil de realizar en la práctica oficial o contestataria. Carmen Lyra parecía saberlo; su participación en los terrenos de la bien custodiada razón política le arrojó costos emocionales que sus contrapartes masculinas no tenían motivo alguno para sufrir; así, es de pensar que el nudo psíquico que la vinculaba al

comunismo yacía en su forcejeo por la legitimidad pública frente a la violencia misógina, como metáfora de la lucha del partido por la legitimidad política frente a la violencia del liberalismo (patriarcal) anticomunista. Comprenderla entonces implica considerar el tipo de saber que podía ejercer según las condiciones de producción cultural en que se inscribía; dentro de su medio político-intelectual, los márgenes estaban bien demarcados, y removerlos era un interés apenas parcial del feminismo o motivo de destierro para otras destacadas mujeres. Así, politizar su casa, escribir y debatir, o incluso guardar silencio frente a los desmanes viriles de sus camaradas, supuso un estremecimiento de las estructuras de género en tanto propios y extraños se esforzaron asiduamente por recordarle “su lugar”, conmoción apenas contenida por las apuestas que el escenario político ponía en juego y por las contradicciones de las subjetividades involucradas.

Los contornos de (in)alteración al canon de género resultan difíciles de dimensionar sin acercarse a la actuación del patriarcado desde el plano subjetivo. En la escritora, los alcances de aquella estructura se quedaron cortos a la hora de retenerla en los bordes delineados a lo privado, pues su presencia pública no fue cualquier presencia; sin embargo, sí lograron estructurarle el complejo de valores con que se diferenciaban los distintos ámbitos, llevándose consigo a la acción militante y al compromiso antifascista unos mandatos que encajaron —no sin tensiones— en ciertos intersticios de su historia personal. Así, asumir el amor al partido como amor materno hacia el “hijo fuerte” era parte del tipo de proyecciones que se podían generar en el entretejido estructurante de una sociedad que, aún hoy, coquetea con tales fantasías. Quizá por eso aquella cita inicial no ocupó mayor comentario.

BIBLIOGRAFÍA

Acuña Ortega, Víctor Hugo. “Política y nación en el comunismo costarricense, 1930-1948”. *Ponencia*, III Congreso Centroamericano de Historia, San José, CR, 15-18 de julio, 1996.

- Arendt, Hannah. *Hombres en tiempos de oscuridad*. Barcelona: Gedisa, 1992.
- Arias Mora, Dennis. “La recepción crítica del nacionalsocialismo entre la intelectualidad de izquierda en Costa Rica (1933-1943)”. [Tesis de Maestría en Historia]. Universidad de Costa Rica, 2006.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Burin, Mabel y Dio Bleichmar, Emilce. *Género, psicoanálisis, subjetividad*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- Burin, Mabel; Meler, Irene. *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- Burin, Mabel. *Estudios sobre la subjetividad femenina*. Buenos Aires: Librería de las Mujeres, 2002.
- Cerdas Mora, Jaime. *La otra vanguardia. Memorias*. San José: EUNED, 1993.
- Contreras, Gerardo; Cerdas, José Manuel. *Los años 40. Historia de una política de alianzas*. San José: Editorial Porvenir, 1988.
- Contreras, Gerardo. *La historia no es color de rosa. A propósito del setenta y cinco aniversario de la fundación del Partido Comunista de Costa Rica*. San José: Ediciones Perro Azul, 2006.
- Cubillo, Ruth. *Mujeres e identidades: Las escritoras del Repertorio Americano (1919-1959)*. San José: EUCR.
- Dobles Oropezca, Ignacio; Leandro Zúñiga, Vilma. *Militantes. La vivencia de lo político en la segunda ola del marxismo en Costa Rica*. San José: EUCR, 2005.
- Fromm, Eric. *El arte de amar*. Buenos Aires: Paidós, 1977.
- Gil Zúñiga, José. “Un mito de la sociedad costarricense: el culto a la Virgen de los Ángeles (1824-1935)”. *Revista de Historia* 11, ene.-jun. Heredia. EUNA, 1985: 47-129.
- González R., Helen *et ál.* “La producción impresa de Carmen Lyra y Carlos Luis Sáenz en el semanario *Trabajo* de 1931-1948”. *Memoria del Seminario de Graduación, Licenciatura en Historia*. UCR, 2004.
- González, Luisa. *A ras del suelo*. San José: Ediciones Revolución, 1970.
- Herrera, Rosalía. “Maestras y militancia comunista en la Costa Rica de los años treinta”. Rodríguez, Eugenia (editora). *Las luchas femeninas en América Latina*. San José: EUCR, 2005: 131-146.
- Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica-Grijalbo, 1998.
- Lyra, Carmen. *Relatos Escogidos*. San José: ECR, 1999.
- Mazlish, Bruce. *The Revolutionary Ascetic. Evolution of a Political Type*. New York: Mc Graw Hill, 1976.
- Merino del Río, José. *Manuel Mora y la democracia costarricense*. Heredia: EFUNA, 1996.
- Molina, Iván y Fabrice Lehoucq. *Urnas de lo inesperado. Fraude electoral y lucha política en Costa Rica (1901-1948)*. San José: EUCR, 1999.
- Molina, Iván. “Un pasado comunista por recuperar. Carmen Lyra y Carlos Luis Fallas en la década de 1930”. Introducción a: Lyra, Carmen y Carlos Luis Fallas. *Ensayos políticos*. San José. EUCR, 2000a: 7-66.
- _____. “Desertores e Invasoras. La feminización de la ocupación docente en

- Costa Rica en 1904". Molina, Iván y Palmer, Steven. *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)*. San José: CIRMA-Porvenir, 2000b: 103-128.
- _____. *La ciudad de los monos. Roberto Brenes Mesén, los católicos heredianos y el conflicto cultural de 1907 en Costa Rica*. Heredia: EUNA-EUCR, 2002.
- Molina Petit, Cristina. *Dialéctica feminista de la Ilustración*. Barcelona: Anthropos, 1999.
- Mora Carvajal, Virginia. *Rompiendo mitos y forjando historia. Mujeres urbanas y relaciones de género en Costa Rica a inicios del siglo XX*. Alajuela: MHCJS, 2003.
- Ovares, Flora et ál. *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica*. San José: EUCR, 1993.
- Pakkasvirta, Jussi. "Una visión continentalista en un país nacionalista: Costa Rica y el Repertorio Americano, 1919-1930". *Revista de Historia* 28, jul.-dic. Heredia: EUNA-EUCR, 1993: 89-115.
- _____. *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)*. Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 1997.
- Palmer, Steven; Rojas, Gladis. "Educando a las señoritas: formación docente, movilidad social y nacimiento del feminismo en Costa Rica (1888-1925)". Molina, Iván y Palmer, Steven. *Educando a Costa Rica. Alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)*. San José. CIRMA-Porvenir, 2000: 57-100.
- Paniagua Arguedas, Laura. "Hombres: intelectuales seductores/Mujeres: intelectuales amenazantes". *Ponencia*, III Congreso Universitario de la Mujer, UCR. 2006.
- Quesada Avendaño, Florencia. *En el Barrio Amón: arquitectura, familia y sociabilidad del primer residencial de la elite urbana de San José, 1900-1945*. San José: EUCR, 2001.
- Quesada Monge, Rodrigo. *La fantasía del poder. Mujeres, imperios y civilización*. San José: EUNED, 2001.
- _____. *La oruga blanca. Un retrato de Óscar Wilde*. Heredia: EUNA, 2004.
- Ríos Espariz, Ángel María. *Costa Rica y la Guerra Civil Española*. San José: Editorial Porvenir-Centro Cultural Español, 1997.
- Rodríguez S., Eugenia. "«Nicolasa, ¿Habrás visto cosa igual?...». Los discursos sobre mujeres y participación política en Costa Rica (1910-1949)". *Revista Parlamentaria* 7 (1), abril. 1999: 85-122.
- Rubin, Gayle. With Judith Butler. Interview. "Sexual Traffic". *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies* 6 (2+3), 1994. En: <<http://www.sfu.ca/~hhl/course/rubin.pdf>>
- Solís Avendaño, Manuel; González Ortega, Alfonso. *La identidad mutilada: García Monge y el Repertorio Americano, 1920-1930*. San José: EUCR-IIS, 1998.
- Solís, Manuel. *La institucionalidad ajena. Los años cuarenta y el fin de siglo*. San José: EUCR-IIS, 2006.
- Tuñón de Lara, Manuel. "Francia y el Frente Popular". *Historia 16. Historia Universal Siglo XX*, (13). Madrid: Temas de hoy, 1998: 59-72.
- Vich Sáez, Sergi. "Los nazis y las mujeres". *Historia 16* (318), octubre. Madrid: Historia Viva S.L., 2002: 32-53.
- Woolf, Virginia. (1925). *La señora Dalloway*. Madrid: Alianza, 2004.

